CAPÍTULO V

Que es muy gran remedio para desechar la tristeza acudir á la oracion.

Casiano dice (1) que para todo género de tristeza; por cualquier via ó causa que venga, es muy buen medio acogernos á la oracion, y pensar en Dios y en la esperanza de la vida eterna que nos está prometida; con lo cual se quitan y aclaran todos los nublados, y huye el espíritu de la tristeza, como cuando David tanía con su harpa y cantaba, huía el espíritu malo de Saul, y le dejaba. Y así el Apóstol Santiago en su Canónica nos pone este remedio: Tristatur aliquis vestrum? oret: ¿Estais triste? acudid á la oracion (2). Y el profeta David dice que usaba de él: Cuando me siento triste y desconsolado, el remedio que tengo es acordarme de Dios, y con eso quedo consolado (3). El pensar, Señor en vos y en vuestros Mandamientos y en vuestras promesas, eso es para mí cantar de alegría; eso es lo que me recrea y consuela en este destierro y peregrinacion, en todos mis trabajos y desconsuelos (4). Si el conversar acá con un amigo basta para desmelancolizarnos y alegrarnos, ¿qué será el conversar con Dios? Y así el siervo de Dios y el buen religioso no ha de tomar por medio para desechar sus tristezas y melancolías el parlar y el distrarse y derramar sus sentidos, ni leer cosas vanas ó profanas, ni ménos cantarlas, sino el acudir á Dios y el recogerse á la oracion, ese ha de ser su consuelo y descanso (1).

Ponderan los Santos aquello que cuenta la Escritura divina, que despues del diluvio, pasados cuarenta días, abrió Noé la ventana del arca, y envió el cuervo para ver si estaba ya seca la tierra para poder desembarcar, y no tornó más (por eso dicen «el mensajero del cuervo»); envió luégo tras él la paloma, la cual, dice la Sagrada Escritura, que no hallando donde poner los piés, se volvió al arca (2). Preguntan los Santos: pues el cuervo no volvió, claro está que halló donde poner los piés; ¿cómo dice la Escritura que la paloma no halló donde los poner? La respuesta es que el cuervo, sobre aquellos lodazares y sobre aquellos euerpos muertos, hizo su asiento; pero la paloma simple, blanca y hermosa, no se ceba de cuerpos muertos, no hace su asiento en lodazares, y así se volvió al arca, porque no halló donde poner los piés, no halló donde descansar. Pues así el verdadero siervo de Dios y el buen religioso no halla contento ni recreacion en esas cosas muertas, en esos entretenimientos vanos del mundo, y así se vuelve, como la palomica, al arca de su corazon, y todo su descanso y consuelo en todos sus trabajos y tristezas es acudir á la oracion, acordarse de Dios, irse un rato al santísimo Sacramento á consolarse con Cristo, y darle allí cuenta de sus trabajos y decirle: ¿Cómo puedo yo, Señor, estar triste estando en vuesta casa y compañía?

Sobre aquellas palabras del Real profeta: Diste alegria en mi corazon (3), dice San Agustin: Enseñanos aquí el santo Profeta que no se ha de buscar la ale-

⁽¹⁾ Cassian. lib. de instit. renunt., cap. ultimo.—(2) Jacob, V, 13.—(3) Renuit consolari anima mea, memor fui Dei, et delectatus sum. Ps. LXXVI, 4.—(4) Cantabiles mihi erant justificationes tuæ, in loco peregrinationes meæ (id est, erant mihi cantica, et solatium). Ps. CXVIII, 54.

⁽¹⁾ Trat. 2, cap. 13, in fine.—(2) Quæ cum non invenisset, ubi requiesceret pes ejus, reversa estad eum in arcam. Gen., VIII, 9.—(3) Dedisti lætitiam in corde meo. Ps. IV, 7.

gría fuera en las cosas exteriores, sino allá dentro, en la celda secreta del corazon, donde dice Cristo nuestro Redentor (1); que habemos de orar al Padre

Eterno (2).

Del Bienaventurado San Martin, obispo, cuenta Severo Sulpicio que el alivio de sus trabajos y cansancios era la oracion. A la manera de los herreros, que para aliviar un poco su trabajo, suelen dar en vacío algunos golpes en la yunque, así él, cuando parecía que descansaba, oraba. De otro siervo de Dios se cuenta (3) que estando en su celda lleno de gravísima tristeza é increible afliccion, con la cual Dios á tiempos le quiso ejercitar, oyó una voz del cielo que en lo interior de su alma le dijo: ¿qué haces ahí ocioso consumiéndote? Levántate y ponte á considerar en mi pasion. Levantóse luégo, y púsose con cuidado á meditar los misterios de la pasion de Cristo, y luégo se le quitó la tristeza, y quedó consolado y animado; y continuando esta consideracion, nunca más sintió tal tentacion.

CAPÍTULO VI

De una raiz muy ordinaria de la tristeza, que es, no andar uno como debe en el servicio de Dios; y de la alegría grande que causa la buena conciencia.

Una de las causas y raices principales de las tristezas y melancolías suele ser el no andar uno á las de-

rechas con Dios (1), el no hacer lo que debe conforme á su estado y profesion. Por experiencia vemos, y cada uno lo experimenta en sí, que cuando anda con fervor y cuidado en su aprovechamento, anda tan alegre y tan contento que no cabe de placer; y por el contrario cuando no hace lo que debe, anda triste y desconsolado. Cor nequam gravabitur in doloribus, dice el Sabio: *El corazon perverso se cargará de dolores, y ocasionará tristezas (2).* Es propiedad y condicion natural del mal y del pecado causar tristeza y dolor en el alma. Esta propiedad del pecado intimó Dios á Cain en pecando, porque luégo que tuvo envidia de su hermano Abel, dice la Sagrada Escritura: *Se irritó Cain sobremanera y decayó su semblante (3):* Traía consigo una ira y una rabia interior que le hacía andar muy triste y cabizcaído, echábasele bien de ver en el rostro la amargura y tristeza interior de su alma. Y preguntale Dios: ¿Qué es la causa que andas de esa manera turbado, triste y cabizcaído (4)? Ý como no respondiese Cain, responde el mismo Dios, que es aquella la condicion del pecado, diciendo: ¿Por ventura no es cierto que si hicieres bien, recibirás contento y alegria (5)? Y así dice otra letra: Si bien hicieres, levantarás el rostro (6), que es andar alegre. Pero si mal hicieres, luego a la puerta está tu pecado, dando golpes para entrar à te atormentar (7). Y tambien luégo se te echará de ver por defuera en el semblante del rostro. Así como la virtud, porque es conforme á razon, naturalmente causa grande alegría en el corazon, así el

⁽¹⁾ Matth., VI, 6.—(2) Non ergo foris quærenda est lætitia, sed intus, in interiori homine, ubi habitat Christus, in ipso corde, id est, in illo cubiculo, ubi orandum est. Aug.—(3) Enric. Suso, in horologio sapientiæ, cap. 14.

⁽¹⁾ Trat. I, c. 10.—(2) Cor pravum dabit tristitiam. Eccil., III, 29, XXXVI, 22.—(3) Iratus est Cain vehementer, et concidit vultus ejus. Gen., IV, 5.—(4) Quare iratus es, et cur concidit facies tua. Gen., IV, 6.—(5) Nonne si bene egeris, recipies? Ib. 7.—(6) Nonne si bene egeris, levabis caput tuum?—(7) Sin autem male, statim in foribus peccatum aderit. Gen., IV, 7.

vicio y el pecado naturalmente causa grande tristeza; porque pelea uno contra sí mismo y contra el dictámen natural de su razon; y luégo el gusano de la conciencia le está dando latidos allá dentro, remor-

diendo y royendo las entrañas.

Dice San Bernardo: Ninguna pena hay mayor ni más grave, que la mala conciencia; porque aunque los otros no vean vuestras faltas, ni las sepan, basta que vos las sabeis: ese es el testigo que os está siempre acusando y atormentando, no os podeis esconder ni huir de vos mismo; por más que hagais y por más entretenimientos y recreaciones que busqueis, no os podréis librar del remordimiento y latidos de la conciencia (1). Y así decía el otro filósofo (Séneca) que la mayor pena que se puede dar á una culpa es haberla cometido, por el tormento grande con que la propia conciencia está atormentando al que hace el mal. Y Plutarco (2) compara esta pena y tormento al calor y frio de la calentura. Dice que así como los enfermos reciben mucho mayor pena con el frio y calentura que nace de la enfermedad, que los sanos cuando acá por razon del tiempo tienen frio o calor; así las tristezas y melancolías que vienen de nuestras propias culpas, de que nos está remordiendo la conciencia, causan mucho mayor pena y tormento que las que vienen de casos fortuitos y desastrados, pero sin culpa nuestra. Y particularmente tiene esto más lugar en el que comenzó ya á gustar de Dios y en algun tiempo andaba bien, con fervor y diligencia, y despues viene à desdecir y à proceder con tibieza; porque venir uno á empobrecer despues de haber sido rico, es vida más trabajosa y triste que la de los que nunca supieron qué cosa eran riquezas. Cuando uno se acuerda que en otro tiempo andaba con devocion y con cuidado de servir á Dios, y que le hacía el Senor merced, y ahora se ve tan diferente de entónces, no puede dejar de causarle aquello gran sentimiento

y darle gran golpe en el corazon.

Pues si quereis desterrar de vos la tristeza y vivir siempre alegre y contento, el remedio es vivir bien y hacer lo que debeis conforme à vuestro estado. ¿Quereis nunca estar triste? dice San Bernardo (1): vivid bien. Entrad en cuenta con vos y quitad las faltas que causan esa tristeza, y de esa manera cesará ella y vendrá el alegría. La buena vida siempre anda acompañada de gozo y alegría; como la mala, de pena y tormento (2). Así como no hay mayor pena y tormento que el remordimiento y latidos de la mala conciencia, así no hay mayor contento y alegría en esta vida que el testimonio de la buena conciencia. Non est oblectamentum super cordis gaudium (3), dice el Sabio: No hay alegría en la tierra que se le pueda comparar. Secura mens quasi juge convivium (4): Es, dice, como un banquete perpetuo. Así como el que está en un convite se alegra con la variedad de los manjares y con la presencia de los convidados; así el siervo de Dios, que hace lo que debe, se alegra con el testimonio de la buena conciencia y con el olor de la presencia divina, de la cual tiene grandes prendas y conjeturas en su ánima; conforme á aquello de San Juan: *Si nuestro corazon no nos reprende, podemos acercarnos

⁽¹⁾ Nulla pœna gravior est prava conscientia. Mala conscientia propriis agitur stimulis; si publica fama te non damnat, propria conscientia te condemnat, quoniam nemo potest seipsum fugere. Bern. de inter domo., c. 45.-(2) Plutarc. Epist. ad Pacium.

⁽¹⁾ Vis numquam esse tristis? bene vive. Bern.—(2) Bona vita semper gaudium habet; conscientia rei semper in pæna est. Bernard -(3) Eccli., XXX, 16.-(4) Prov. XV, 15.

á Dios con confianza (1).* El Apóstol San Pablo dice que la buena conciencia es un paraíso y una gloria y bienaventuranza en la tierra: Gloria nostra hæc est; testimonium conscientiæ nostræ (2). San Crisóstomo dice (3) que la buena conciencia, causada de la buena vida, quita y deshace todas las tinieblas y amarguras del corazon, como el sol cuando sale, quita y deshace todos los nublados; de tal manera, que toda abundancia de tristeza cavendo en una buena conciencia, así se apaga como una centella de fuego cayendo en un lago muy profundo de agua. San Agustin añade que así como la miel no solamente es dulce en sí, sino hace dulces las cosas desabridas con que se junta, así la buena conciencia no sólo es alegre y dulce en sí, sino alegra en medio de los trabajos, y los hace dulces y sabrosos; conforme á aquello del Profeta: Los juicios de Dios, que son sus santos Mandamientos y el cumplimiento de su ley, son más dulces que el panal de miel (4); no sólo es en sí dulce el servir á Dios, sino hace tambien dulces todos los trabajos y molestias de esta vida.

Leemos en las historias eclesiásticas (5) que los perseguidores de la fe hicieron una cosa muy nueva, que no hay memoria que otros hiciesen en tiempos pasados; y fué, que á todos aquellos que primero, siendo llamados ó puestos á tormento, habían negado la fe, pusieron juntamente con los santos mártires en la cárcel, y para que su castigo fuese sin consuelo, no ya acusados por cristianos, sino por matadores de

hombres y malhechores. Y nótase allí la diferencia que había aun en lo exterior, en el gesto y en los ojos de los unos á los otros; porque los Santos salían à la audiencia y al tormento regocijados, y en sus rostros parecía no sé qué de divinidad, y sus prisiones los hermoseaban como collares de perlas, y de la suciedad de la cárcel salían olorosísimos á Cristo v á sus ángeles y á sí mismos, como si no hubieran estado en cárceles, mas en jardines; los otros salían tristes, la cabeza baja, y en sus acatamientos espantables. v sobre toda fealdad disformes. A éstos su propia conciencia les fatigaba y atormentaba más ásperamente que los grillos y cadenas y el hedor de la cárcel; pero à los otros su buena conciencia y la esperanza del descanso y de la gloria les aliviaba los dolores y los recreaba. Y así lo experimentan comunmente los buenos; porque es tan grande la alegría de la buena conciencia, que muchas veces, cuando el bueno se halla triste v atribulado, v volviendo las ojos á todas partes no ve cosa que le consuele, volviéndolos hacia dentro y mirando la paz de su conciencia y el testimonio de ella, se consuela y esfuerza; porque entiende bien que todo lo demás, como quiera que suceda, ni hace ni deshace à su negocio, sino solo esto.

De aquí se sigue una cosa de mucho consuelo; y es, que si la buena conciencia y el andar bien con Dios es causa de andar alegre, tambien esta alegría espiritual será señal é indicio muy grande de que uno tiene buena conciencia y anda bien con Dios y está en gracia y amistad suya; porque por el efecto se conoce la causa. Y así lo nota San Buenaventura: La alegría espiritual, dice (1), es gran señal de que

⁽¹⁾ Si cor nostrum non reprehenderit nos, fiduciam habemus ad Deum. I Joan., III, 21.—(2) II ad Cor., I, 12.—(3) Chrisost. hom. 25 ad populum Ant.—(4) Judicia Domini vera justificata in semetipsa; desiderabilia super aurum, et lapidem pretiosum multum, et dulciora super mel, et favum. Ps. XVIII, 10.—(5) Hist. Eccles. p. 1, lib. 4, cap. 3.

⁽¹⁾ Maximum inhabitantis gratiæ signum est spiritualis lætitia. Bonav. in spec. disciplin., p. 1, cap. 3.

CAPÍTULO VII

Que alguna tristeza hay buena y santa.

Pero dirá alguno, ¿siempre habemos de andar alegres? ¿nunca nos habemos de entristecer? ¿no hay alguna tristeza que sea buena? A esto responde San Basilio (1) que alguna tristeza hay buena y provechosa. Porque una de las ocho bienaventuranzas que pone Cristo nuestro Redentor en el Evangelio, es: Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (2). Dice San Basilio y San Leon Papa, y traelo tambien Casiano (3), que hay dos maneras de tristeza; una mundana, que es cuando alguno se entristece de alguna cosa del mundo, como de sucesos adversos y trabajosos; y esta dicen que no la han de tener los siervos de Dios. De San Apolonio se lee en las vidas de los Padres que predicaba á sus discípulos que los siervos de Dios que tienen puesto su corazon en él y esperan el reino de los cielos, no conviene que se entristezcan. Entristézcanse, dice, los gentiles y los judíos y los demas infieles, y lloren tambien sin cesar los pecadores; pero los justos, que con fe viva esperan gozar de aquellos bienes eternos, alégrense y regocijense (4). Porque si aquellos que aman las cosas caducas y terrenas, se alegran y regocijan del buen suceso de ellas, ¿cuánto mayor razon tenemos nosotros de alegrarnos y regocijarnos en Dios y en la gloria eterna que esperamos?

mora Dios en un alma y que está en su gracia y amor. Para los justos nació la luz; y para los rectos de corazon la alegría (1); pero las tinieblas, la oscuridad y tristeza, esa es para los malos: *De quebrantamiento é infelicidad sus caminos están llenos, mas el camino de la paz, ese nunca le conocieron (2).* Y así, una de las causas principales por que el bienaventurado San Francisco deseaba ver en sus religiosos esta alegría espiritual, era por esto, porque era indicio de que moraba Dios en ellos, y que estaban en su gracia y amistad (3). *Fruto del espíritu es el gozo,* dice San Pablo (4). Esa alegría espiritual, que proviene y nace como de fuente de la limpieza de corazon y de la pureza de vida, es fruto del Espíritu Santo; y así es señal de que mora él allí. Y holgábase tanto San Francisco de ver á sus religiosos con esta alegría, que decía él: si alguna vez me tienta el demonio á mí con acidia y tristeza de espíritu, póngome á mirar y considerar el alegría de mis frailes y compañeros, y luégo con su vista quedo libre de la tentacion como si viese ángeles. Ver la alegría de los siervos de Dios que están en gracia y amistad suya, es como ver ángeles en la tierra, conforme à aquello de la Escritura: *Te he visto como un ángel de Dios: Bueno eres en mis ojos como un ángel de Dios (5).*

⁽¹⁾ Basil in Regul. brev. 192 et 194.—(2) Matth., V, 5.—
(3) Cass. lib. 9 de instit. renunt.—(4) Lætamini in Domino, et exultate, justi, et gloriamini omnes recti corde. Ps. XXXI, 11.

⁽¹⁾ Lux orta est justo, et rectis corde lætitia. Ps. XCVI, 11.—
(2) (Impii) in tenebris ambulant. Ps. LXXXI, 5.—Contritio, et infelicitas in viis eorum, et viam pacis non cognoverunt. Ps. XIII, 3.—(3) P. I, lib. I, cap. 26, de la Crónica de San Francisco.—(4) Fructus autem spiritus est gaudium. Ad Gal., V, 22.—(5) Vidite quasi Angelum Dei. Esther., XV, 16. Bonus es tu in oculis meis sicut Angelus Dei. I Reg., XXIX, 9.

Y así el Apóstol, áun de la muerte de nuestros amigos y parientes quiere que no nos entristezcamos demasiado: *En órden á los difuntos, no queremos, hermanos, que esteis en ignorancia, por que no os entristezcais como los otros que no tienen esperanza (1).* No dice absolutamente que no nos entristezcamos, porque mostrar algun sentimiento de eso es cosa natural y no es malo sino bueno, y señal de amor. Cristo nuestro Redentor lo mostró y lloró en la muerte de su amigo Lázaro, y dijeron los circunstantes: Mirad cómo le amaba (2). Pero lo que dice San Pablo es, que no nos entristezcamos como los infieles que no esperan otra vida, sino que la tristeza sea moderada, consolándonos con que presto nos veremos todos juntos con Dios en el cielo: aquel va delante, luégo iremos nosotros tras él. De manera que las cosas presentes de esta vida, aunque no las podemos dejar de sentir como hombres, pero no habemos de reparar mucho en ellas, sino tomarlas como de paso. Los que lloran, dice (3), como si no llorasen; y los que se gozan, como si no se gozasen.

Otra tristeza hay espiritual y segun Dios; y esta es buena y provechosa, y conviene á los siervos de Dios. Esta dicen San Basilio y Casiano (4) que se engendra de cuatro maneras, ó de cuatro cosas; lo primero, de los pecados que habemos cometido contra Dios, conforme aquello del Apóstol: *Gózome, no de la tristeza que tuvisteis, sino de que vuestra tristeza os condujera al arrepentimiento. Porque os entristecisteis segun Dios; y la tristeza que es segun Dios obra arrepenti-

miento saludable, de que no hay que arrepentirse (1).*

El llorar uno sus pecados, y entristecerse y dolerse por haber ofendido á Dios, esa es muy buena tristeza, y segun Dios. Dice San Crisóstomo una razon digna de su ingenio. Ninguna pérdida hay en el mundo que se restaure con el dolor, pesar y tristeza, sino sola la del pecado: y así, en todas las otras materias es mal empleado el dolor, y la tristeza, si no es en esta. Porque todas las demas pérdidas, no sólo no se remedian con llorar y estar tristes, ántes se aumentan y acrecientan con eso: pero la pérdida del pecado remédiase con la tristeza y dolor, y así eso habemos de

Lo segundo, se engendra y nace esta tristeza de los llorar. pecados de otros, de ver que Dios es ofendido y menospreciado, y que es quebrantada su ley. Esta es tambien muy buena tristeza, porque nace de amor y zelo de la honra y gloria de Dios y bien de las almas. Y así vemos á aquellos santos Profetas y amigos grandes de Dios, enflaquecidos y consumidos de esta tristeza y dolor, viendo los pecados y ofensas que se cometían contra su Majestad, y que ellos no lo podían remediar: *Desmayo se apoderó de mi á causa de los pecadores que abandonaban tu ley.* Era tan grande la afliccion que por esta causa sentía el profeta David, que el dolor del ánima le enflaquecía el cuerpo y le corrompía la sangre: *Mi zelo me consumió, porque mis enemigos se olvidaron de tus palabras. Veialos prevaricar y carcomiame al ver que no guardaban tus palabras (2).* Pudríasele la sangre en el cuerpo de ver

⁽¹⁾ Nolumus autem vos ignorare, fratres, de dormientibus, ut non contristemini, sicut et cæteri, qui spem non habent. I ad Thes., IV, 12.—(2) Ecce quomodo amabat eum. Joan., XI, 36.—(3) I ad Cor., VII, 30.—(4) Idem Aug. serm. 11 ad fratres in eremo.

⁽¹⁾ Gaudeo, non quia contristati estis, sed quia contristati estis ad pœnitentiam, contristati enim estis secundum Deum...: Quæ enim secundum Deum tristitia est, pœnitentiam in salutem stabilem operatur. II ad Cor., VII, 9.—(2) Defectio tenuit me propeccatoribus derelinquentibus legem tuam. Tabescere me fecit

las injurias y ofensas que se hacían contra Dios. Y el profeta Jeremías está lleno de semejantes llantos y gemidos. Esta tristeza nos está muy bien á nosotros y nos es muy propia, porque el fin de nuestro Instituto es que el nombre de Dios sea santificado y glorificado de todo el mundo; y así el mayor de nuestros dolores ha de ser ver que esto no se haga así, sino muy al reves.

Lo tercero, puede nacer esta tristeza del deseo de la perfeccion, que es tener una ansia tan grande de ir adelante en la perfeccion, que siempre andemos suspirando y llorando porque no somos mejores y más perfectos, conforme aquello que dice Cristo en el Evangelio: Bienaventurados los que andan con esta hambre y sed de la virtud y perfeccion, porque ellos serán hartos (1):

Dios les cumplirá sus deseos.

Lo cuarto, suele nacer tambien una tristeza santa en los siervos de Dios de la contemplacion de la gloria y del deseo de aquellos bienes celestiales, viéndose desterrados de ellos y que se les dilatan, como lloraban los hijos de Israel su destierro en Babilonia, acordándose de la tierra de Promision (2), y el Profeta lloraba el destierro de esta vida: ¡Ay de mi, que se me dilata mi destierro (3)! Aquel: A tí suspiramos los desterrados hijos de Eva, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas, suspiros son que hacen muy buena y suave música á los oidos de Dios.

zelus meus, quia obliti sunt verba tua inimici mei. Vidi prævaricantes, et tabescebam, quia eloquia tua non custodierunt. Ps. CXVIII, 53, 139, 158.

Casiano pone las señales para conocer cuál sea tristeza buena y segun Dios, y cuál mala y del demonio. Dice que la primera es obediente, afable, humilde, mansa, suave y paciente. Al fin, como nace de amor de Dios, contiene en sí todos los frutos del Espíritu Santo, que cuenta San Pablo (1) que son, Caridad, Gozo, Paz, Longanimidad, Bondad, Fe, Mansedumbre, Continencia. Pero la tristeza mala y del demonio es áspera, impaciente, llena de rencor y amargura infructuosa, y que nos inclina á desconfianza y desesperacion, y nos retrae y aparta de todo lo bueno. Y más, esta tristeza mala no trae consigo consuelo ni alegría ninguna; pero la tristeza buena y segun Dios, dice Casiano, es en cierta manera alegre (2), y trae consigo un consuelo y un conhorte y aliento grande para todo lo bueno, como se ve discurriendo por todas esas cuatro maneras de tristeza que habemos dicho. El mismo andar uno llorando sus pecados, aunque por una parte aflige y da pena, por otra consuela grandemente. Por experiencia vemos cuán contentos y satisfechos quedamos cuando habemos llorado muy bien nuestros pecados.

Una de las cosas en que se echa mucho de ver la diferencia y ventaja grande que hay de la vida espiritual de los siervos de Dios á la vida de los del mundo, es en esto, en que sentimos mayor gozo y regocijo en nuestra alma, cuando acabamos de llorar nuestros pecados, que el que sienten los mundanos en todas las fiestas y placeres del mundo. Y así pondera esto muy bien San Agustin, diciendo: Si esta, que es la primera de las verdaderas obras del que comienza á servir á Dios, si el llorar de los justos, si su tristeza les da tanto contento, ¿qué será la alegría y contento

⁽¹⁾ Beati qui esuriunt, et sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur. Matth., V, 6.—(2) Super flumina Babylonis, illic sedimus et flevimus, cum recordaremur Sion. Psalm. CXXXVI, 1.—(3) Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est! Psalm. CXIX, 5.

⁽¹⁾ Ad Gal. V, 22.—(2) Est quodammodo læta. EJER. RODRIG.—Tom. IV.

que sentirán, cuando el Señor los consuele en la oracion, y les dé aquellos júbilos espirituales que él suele comunicar á sus escogidos? ¿qué será cuando del todo les enjugue y limpie las lágrimas de sus ojos: *Limpiará Dios de sus ojos toda lágrima, y no habrá ya muerte, ni llanto, ni alarido, ni habrá más dolor, porque las cosas de ántes son pasadas (1).* Pues el andar siempre hecho un Jeremías llorando los pecados ajenos, bien se ve el sabor, gusto y satisfaccion que causa en el alma, porque es señal de buenos hijos ser muy zelosos de la honra de su padre. Pues el andar siempre anhelando y suspirando por la perfeccion y con deseos de vernos ya en aquella patria celestial, ¿qué cosa puede haber más suave y más dulce? Dice San Agustin: ¿Qué cosa más dulce que estar siempre suspirando por aquella gloria y bienaventuranza que esperamos, y tener siempre nuestro corazon á donde está el verdadero gozo y contento (2)?

De aquí se verá tambien que la alegría que pedimos en los siervos de Dios, no es alegría vana de risas y palabras livianas, ni de donaires y gracias, y que ande uno parlando con todos cuantos encuentra; porque esa no sería alegría de siervos de Dios, sino distraccion, libertad y disolucion. Lo que pedimos es una alegria exterior que redunde de la interior, conforme à aquello del Sabio: Cor gaudens exhilarat faciem (3): Así como la tristeza del espíritu redunda en el cuerpo, de tal manera que viene á secar y consumir, no sólo las carnes, pero aun los huesos Spiritus tristis exsiccat ossa (1); así la alegría interior del corazon redunda tambien en el cuerpo y hace que se eche de ver en el rostro. Y así leemos de muchos Santos que parecía en su rostro una alegría y serenidad que daba testimonio de la alegría y paz interior de su alma. Esta es la alegria que habemos nosotros menester.

⁽¹⁾ Prov., XII, 22.

⁽¹⁾ Absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum: et mors ultra non erit neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra. Apoc., XXI, 4.—(2) Quid enim pulchrius, quidve dulcius, quam inter tenebras hujus vitæ, multasque amaritudines, divinæ dulcedini inhiare et æternæ beatitudini suspirare, illicque teneri mente, ubi vera haberi gaudia certissimum est? Aug. cap. 37 Meditat .- (3) Prov. XV, 13.